

PAGINA 7 LX CONSTANCIA

EL ACTO DE AYER EN GUETARIA

Inauguración solemne del Monumento a Elcano

Celebróse ayer en Guetaria la solemne inauguración del monumento erigido a la memoria del insigne marino guipuzcoano Juan Sebastián Elcano.

Desde primeras horas de la mañana todo el pueblo se lanzó a la calle para presenciar el acontecimiento.

Los balcones de las casas engalanados con colgaduras daban a la villa pintoresco y animado aspecto.

A las once de la mañana numeroso público se había congregado en la plaza que hay delante del edificio de la Casa Consistorial, esperando la llegada de las autoridades.

Minutos después de las once llegaron representando a la Diputación el presidente, señor Laffitte; el vicepresidente, señor Rezola (A.); el vicepresidente de la Comisión provincial, señor Aguinaga; los diputados señores Gaytán de Ayala y Rezola (M.) y el secretario señor Zubeldia.

Poco después llegó el alcalde de San Sebastián, señor Elósegui, y más tarde el gobernador civil, señor García Cernuda.

Las autoridades e invitados fueron recibidos en los soportales de la Casa Consistorial por el alcalde, señor Eguride.

SOLEMNE TEDEUM

A las once y media se organizó la comitiva, que se dirigió a la iglesia de San Salvador, donde fué entonado un solemne Te Deum.

Rompió marcha la insignia del Municipio guetariano, que precedía al Ayuntamiento, y a continuación, la Junta del Centenario con el marqués de Seoane y don José Cendoya, así como el ex diputado a Cortes señor Churrúa y el alcalde de San Sebastián señor Elósegui.

Venían después los maestros y clérigos de la Diputación con la banda de tambores, así como una sección del Cuerpo de Miqueletes e inmediatamente la representación de la Diputación, presidida por el gobernador señor García Cernuda, el señor Laffitte y el comandante de Marina, señor Nardiz.

Cerraba la comitiva el pueblo de Guetaria, entre el que vimos a varios donostiarras, como los señores Peña, Calisalvo, Zárate, Churrúa, Rezola y otros que sentimos no recordar; el insigne pintor Ignacio Zuloaga y redactores de la Prensa local y correspondientes de los diarios madrileños.

EN LA IGLESIA

Una vez llegada la comitiva a la iglesia parroquial se cantó un solemne Te Deum que entonó el señor Parroco que actuaba de Preste, estando el coro muy reforzado de voces, que dieron interpretación muy adecuada a dicha pieza religiosa.

LA INAUGURACION

Terminado el acto religioso, la comitiva, precedida de la Banda municipal de Guetaria, que ejecutó un alegre pasodoble, se dirigió al monumento, que se halla emplazado en una loma a la entrada del pueblo. Al pie del monumento, al que daban guardia las fuerzas de Miqueletes, se colocaron las autoridades.

El señor Churrúa (don Alfonso) en nombre del Ayuntamiento de Guetaria, hizo en breves palabras un cumplido elogio de Juan Sebastián Elcano, cuya memoria se honraba. Puso de relieve la trascendencia que encerraba el monumento que está erigido en un cerillito cuyas faldas besa el Cantábrico y cuyo remate se eleva hacia el cielo. Este monumento —dice— servirá para los guipuzcoanos y españoles como recuerdo de la hazaña de sus hijos intrépidos, y a los navegantes extranjeros como prueba de lo que es capaz el pueblo español.

Terminó haciendo votos porque el monumento sirviera no sólo como memoria de héroes pasados, sino también como homenaje a los esforzados españoles que actualmente vierten su sangre en tierras africanas en defensa de la causa de la nación.

La breve y elocuente oración del se-

ñor Churrúa fué premiada con nutridos aplausos.

Habló luego el señor Laffitte en representación de la Junta del IV Centenario de Juan Sebastián Elcano, cuya presidencia ostenta.

Después de saludar a cuantos han concurrido al acto, cuya presencia agradece, hace una historia de las variaciones que ha sufrido el proyecto del monumento, que en un principio se intentó fuera erigido en el monte San Antón, propósito del que se hubo de desistir por lo elevado de su presupuesto.

Habló luego del primer viaje realizado por Elcano a bordo de la nao "Victoria" y formando parte de la tripulación de Magallanes, que recorrió mares hasta entonces no surcados por quilla de barco alguno; de la llegada a Sevilla, donde cumplieron la promesa que hicieron a la Virgen cuando en momentos de peligro habían desesperado de volver a pisar su país natal. Nuevamente se hizo a la mar —dice el señor Laffitte— zarmando esta vez del puerto de La Coruña con la tripulación de Loaysa, que emprendió una expedición a las islas Molucas, que terminó lamentablemente. A los pocos días de dejar el puerto falleció el esforzado Loysa, haciéndose cargo del mando, por orden de Su Majestad, Juan Sebastián Elcano. Poco sobrevivió éste a su jefe, y a su fallecimiento hubo de encargarse del Gobierno de la nave otro preclaro hijo de Guipúzcoa, que luego habría de figurar como eminente cosmógrafo: Urdaeta.

No quiere decir el que al cabo de cuatro siglos se inaugure el monumen-

to a su memoria, que Elcano haya sido olvidado por sus paisanos.

El señor Laffitte habla de dos ofrendas hechas en los siglos pasados por hijos de Guetaria; y, por último, del monumento al navegante que domina la entrada del puerto, erigido por iniciativa de la Junta de las Diputaciones forales, de las cuales formaba parte el padre del orador, don Gabriel María de Laffitte.

El homenaje de hoy ha comenzado por un Tedéum en la histórica iglesia del Salvador, declarada monumento nacional y que el primer lugar de reunión de la Hermandad guipúzcoana.

Muestra después su agradecimiento a los miembros de la Junta del Centenario, entre los cuales figura el marqués de Seoane, allí presente, y a Su Majestad el Rey, que hace tres años colocó la primera piedra del monumento. Recuerda el señor Laffitte la grandiosidad que revestía Guetaria aquél día, en que una caravana histórica recorrió las calles del puerto, mientras atronaban el espacio las sirenas de los barcos de guerra de todas las naciones anclados en aguas de Guetaria.

No es el monumento el único recuerdo que la Junta dedica al ilustre marino. Poco después de celebrarse el Centenario se creó en el Palacio de la Diputación la Sala de Elcano, en la que figuran tres obras pictóricas de excepcional mérito: una debida al pincel de Zuloaga y las otras dos a los de Uranga y Salaverría, y unos tapices donados por el amante hijo de Guipúzcoa señor Camio, a cuya memoria dedica un sentido recuerdo.

Después de hacer un cumplido elogio de las tropas españolas, el señor Laffitte considera terminada la misión de la Junta del Centenario al entregar el monumento al pueblo de Guetaria.

El señor Laffitte oyó una nutrida ovación, que vino a unirse a la que saludó el momento de ser descubierta la lápida con el busto de Elcano.

Las tropas de Miqueletes, después de desfilar ante el monumento, dispusieron salvas en honor a Elcano.

Un orfeón guetariense cantó muy bien el himno "Gora Elcano".

La comitiva se dirigió a la Casa Consistorial, donde quedó disuelta, emprendiendo las autoridades el regreso a la capital.

Las tropas de Miqueletes, después de desfilar ante el monumento, dispusieron salvas en honor a Elcano.

Un orfeón guetariense cantó muy bien el himno "Gora Elcano".

La comitiva se dirigió a la Casa Consistorial, donde quedó disuelta, emprendiendo las autoridades el regreso a la capital.

EL MONUMENTO

El monumento que, como decimos, se ha erigido sobre un cerro que hay a la entrada del pueblo, se obra de los ar-

quitectos señores Aguirre y Azpíroz, está rematado por una efigie de "Victoria", debida al cincel de Víctor Macho.

En el frontis del monumento pue-
verse el escudo y las armas de Elcano con la cruz que como emblema remata el palo de la histórica nave.

En la parte inferior se han inscripto estas palabras: "Tu primus circumdisti me".

En la parte posterior hay una lápida en la que figuran los nombres y los pueblos de origen de los tripulantes de la nao "Victoria".

tener en cuenta que la cultura práctica que pueden adquirir durante los años del servicio de armas.

La fe religiosa es en el soldado fundamento del cumplimiento del deber militar y fuente del heroísmo. Y así lo afirman los tratadistas militares españoles —aun los menos sospechosos e «oscurantistas»—, como Terrenes y Muñiz, que siguen en esto la doctrina del marqués de Santa Cruz de Almirante y Villamartín, quienes invocan la religiosidad como principio origin del valor sereno que afronta la muerte, sacrificándose por el amor a Dios y por el amor a la Patria, únicos móviles que pueden impulsar a guerrero para cumplir el penoso deber que impone la milicia.

Esta fe religiosa encendida, es cualidad tradicional en los militares españoles; y recientemente publicaba la Prensa el episodio ejemplar del que fué jefe del Tercio y murió heroicamente en África al frente de sus tropas, el coronel Valenzuela, quien antes de entrar en combate confesaba y comulgaba, obteniendo de la práctica de los sacramentos aquella marcial resolución, que arrastraba tras él a los soldados más audaces presas.

El concepto de la disciplina, el concepto del honor militar, el concepto del deber, que lleva hasta la muerte, tienen su fundamento en los principios religiosos que, arraigados en el alma del soldado, son resorte seguro para despertar todas las grandes virtudes militares.

Quién ha olvidado aquel episodio de Tizza en la campaña del 21, de que fué actor el marqués de Cavalcanti f. Para decidir al ataque a unos soldados de Ingenieros, valencianos en su mayoría, le bastó al general lanzarse a la lucha al grito de ¡Viva la Virgen de los Desamparados!

El nombre excesivo de la Patrona de su región echardeció a los soldados, que coronaron aquella hazaña con arrogancia admirable.

Y que el sentimiento religioso culmina en el corazón de los soldados de España, lo indica la satisfacción, el orgullo con que el batallón del Infante, defensor de Kudia Tahar, ha acogido el honor que se le ha dispensado como premio a su heroísmo de montar la guardia el próximo día 12 en el templo del Pilar de Zaragoza, a los pies de la sagrada imagen de la Patrona de Escaña, Capitana General de los Ejércitos nacionales.

En ningún sitio como en los cuartellos encuentra aplicación tan próxima —dice un escritor— la educación religiosa: porque acudiendo a ellos el soldado con la enseñanza de la madre y del maestro a flor de memoria, allí pueden y deben completarse esos principios, evitando los peligros que rodean a la juventud, misión ésta que nadie más capacitado que el sacerdote para realizarla.

La acción que el capellán castrense don Fernando Ramírez está llevando a cabo en la guarnición de San Sebastián, constituye un ejemplo que ojalá se extienda a todas las guarniciones de España, con la seguridad de obtener grandes frutos de esa educación encaminada al mejoramiento moral del soldado, a su formación religiosa, a fomentar su fe y su piedad, manantial purísimo de donde brotan la abnegación, la obediencia y el heroísmo, cualidades fundamentales de la eficiencia de los organismos armados.

MIRABAL.

(De «El Siglo Futuro»).

Joyería Pérez Molina Alameda, 25. Vermedalla del Santo Cristo de Lezo, en plata y oro.

El espíritu religioso en el Ejército

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones aritméticas elementales, es sin duda educar su espíritu, formar su corazón; función docente ésta, que nadie mejor que el sacerdote puede realizar, con beneficio indudable para la sociedad y para el individuo, cuyas cualidades morales son más de

— Es digna de aplauso y encanto la obra que al frente de la Escuela establecida en el cuartel está realizando el capellán castrense don Fernando Ramírez Mur, de la guarnición de San Sebastián, cuyo propósito principal no es el instruir a los soldados analabietos en los rudimentos de la educación literaria, sino el de inculcarles el espíritu religioso al punto de haberles encomendado la redacción de la «Hoja parroquial» por él fundada y editada, y en la que han aparecido ya varios trabajos de tan simpáticos redactores.

Puede y debe ser el cuartel una eficaz escuela de provechosas enseñanzas. Los redactores, que al llegar de sus pueblos carecen en su mayoría de toda instrucción, pueden salir, al ser licenciados, con un caudal de conocimientos de indudable eficacia y aplicación para su actividad futura, cualquiera que ella sea. Pero mucho más importante que enseñarles a leer y a escribir e imponerlos en las operaciones